



Antonio López Díaz

Un Indaliano entre pinturas y esculturas

María Dolores Durán Díaz

Antonio López Díaz

Un Indaliano entre pinturas y esculturas

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALMERIENSES
Colección Arte.

Antonio López Díaz. Un Indaliano entre pinturas y esculturas.

- © Textos y fotografía: María Dolores Durán Díaz.
- Imagen de portada. *Barcas y pescadores*. Colección Museo Andrés García Ibáñez.
- © Edita: Instituto de Estudios Almerienses
www.iealmerienses.es

ISBN: 978-84-8108-562-4

Dep. Legal: AL 676-2013

Primera Edición: Julio 2013

Diseño y maquetación: Susana García Almenzar. Servicio Técnico del IEA

Imprime: Artes Gráficas M3

Impreso en España

Los contenidos de esta edición divulgativa serán desarrollados en una publicación, encargada por el IEA a la misma autora, sobre la trayectoria artística de López Díaz.

Antonio López Díaz
Un Indaliano entre pinturas y esculturas

María Dolores Durán Díaz

Instituto de Estudios Almerienses
2013



Introducción

Aeropuerto de Barajas, Madrid, julio de 2013. A dos horas para que despegue el vuelo que le llevaría a Sao Paulo y un poco aturdido por el vuelo de Almería, busca un sitio tranquilo para que todo transcurra sin sobresaltos. Los viajes, a sus 85 años, aún le hacen mella, a pesar de que lleva más de 50 años a caballo entre Brasil y Almería. Todavía siente en su piel y en su espíritu el calor húmedo del verano almeriense, a pesar del aire acondicionado, para él un poco fuerte, del aeropuerto. Un sinfín de estructuras amarillas que van virando a verde soportan la enorme terminal y hacen aún más monótona la ya de por sí soporífera espera.

Estos últimos meses han sido especialmente movidos: desde su última exposición en el CAMA, Centro de Arte Museo de Almería, se han precipitado una serie de acontecimientos que él nunca podría esperar; demasiado ajeteo para su pausado retiro provinciano. Nunca podría sospechar que hubiese levantado tanto revuelo y, muchísimo menos, que una profesora, especialista en los Indalianos, se tomara tantas molestias en recordar su pasado. ¿Cuántas veces le había entrevistado en su taller de la calle Jesús de Perceval?, diez, once... ya no lo recordaba bien, incluso una vez fue acompañada del director del Instituto de Estudios Almerienses y un fotógrafo. Y, por si eso ya no fuese suficiente, hace solo unos días, el propio Instituto le había dedicado un homenaje con la presentación de una pequeña biografía; un recuerdo a los Indalianos, una reedición sobre Perceval y una Guía sobre Cañadas. Tuvo la sensación de que le trataron como a un gran artista, le gustó, sobre todo, el montaje en video de sus principales pinturas y esculturas, desde los años cincuenta hasta las que aún están sin terminar en su taller; demasiadas emociones.



Tiene que hacer el embarque, pero no hay mucha gente. Él ya está acostumbrado, ¿cuántos vuelos habrá hecho?, imposible hacer el recuento. Una azafata se empeña en acomodarle, seguro que piensa que debe parecer mayor. Ahora, en la soledad de su asiento, vienen, como siempre, oleadas de vaporosos recuerdos que le mantienen horas y horas en una dulce duermevela, donde van apareciendo fotogramas de años en blanco y negro, mezclándose con destellos de colores que se dispersan por todo un immaculado lienzo. Y, haciéndose un hueco entre ellos, las voces de Ángeles y Julia, omnipresentes en cualquier voluta del tiempo. De forma inconsciente acomoda sus ya frágiles huesos en el poco mullido respaldo y va dejando que, poco a poco, sin ofrecerles resistencia, vayan aflorando esas imágenes ya cotidianas que sabe le van a aturdir y confundir los sentidos. Es un sueño embriagador que, en esta ocasión, y quizás por los recuerdos recurrentes de estos meses, acuden con mayor brío y fuerza, haciéndose casi reales.



Infancia y Juventud

Acuden imágenes de Alhama de Almería, una pequeña población a pocos kilómetros de la capital, donde nació, en la calle Paraíso nº1, camino de “La balsa media luna”, el 12 de enero de 1928, Solo aparecen unas calles y unos campos, todo en blanco y negro, junto a sus 3 hermanos, Carmen, María, Antonia y sus padres, Antonio López Reina y Trinidad Díaz García. Su padre era agricultor, un parralero que realizaba también los toneles para las uvas. El recuerdo de su padre se ve transgredido brutalmente por las sombras de su paso por prisión al acabar la Guerra Civil (denunciado por su antiguo patrón tonelero), las “visitas” al Ingenio y su muerte en la cárcel, debido a sus problemas de salud. Su madre siempre sobrevuela en forma del pequeño retrato que guarda en su mesita de noche.

Su primer recuerdo en color siempre es el mismo; cuando, a los cuatro años, sus hermanas, viendo su afición por las pinturas, le regalaron una caja de colores al pastel. También ve, entre nieblas, a sus primeros maestros: D. Antonio y Dña. Lauriana, los recuerdos amargos de los años de Guerra Civil en el pueblo, el traslado de su familia a la capital por la penuria económica, la detención y muerte de su padre y su primer trabajo -con algo más de 10 años- como chico de los recados en una tienda de comestibles del Quemadero.

Antonio nota que se acerca a ese recuerdo recurrente que saborea con más deleite, que casi confunde con la realidad, donde la precisión -por rememorados- de los perfiles de los acontecimientos reales se mezclan con los esbozos repintados una y otra vez por los propios protagonistas, configurando una intrahistoria de la Almería de los años cuarenta, donde los indalianos no sólo son los protagonistas absolutos, sino que también escribieron su propio guión. Las

imágenes se suceden a velocidad de vértigo; la Escuela de Artes, donde se matricula por las noches con 11 años, los compañeros con los que entabló amistad: Capulino, Cantón Checa, Alcaraz y Cañadas; las clases de dorado, escultura, pintura y modelado; sus trabajos de escultura para el profesor de dibujo José Hervás; un Moisés de Miguel Ángel como encargo de su profesor Santiago Granados; sus numerosos diplomas, accésits y premios que guarda celosamente... y, como siempre, de fondo y a manera de soniquete, la voz y figura de Jesús de Perceval.

La fachada de la Escuela de Artes (actual IES Celia Viñas) se va transformando de camino a su casa -en la calle de las Cruces-, donde, en una finca de la calle Padre Gabriel Olivares (hoy Jesús de Perceval), veía trabajar al maestro. Era una casa grande, de dos plantas, con un inmenso jardín. En la planta alta vivía Jesús de Perceval y, en los bajos, tenía su taller. A través de la reja de la ventana que daba al taller se observa a sí mismo contemplando, extasiado, como Perceval pintaba una blanca escultura de madera que, luego, con suma habilidad, iba lijando para darle un color dorado. Recuerda, con suma precisión, que era una imagen de San Indalecio, Patrón de Almería. La regañina de su madre por la tardanza siempre le sacaba del ensimismamiento que le producía la magia del artista. Pero, si oye una vez y otra alguna voz, es el diálogo que mantuvo por primera vez con Perceval:

-¿Oye muchacho, es que te gusta este trabajo?

-Pues sí, sí me gusta, yo estoy apuntado en la Escuela de Artes y hago dibujos.

-Si quieres te puedes venir para acá.

A los tres días comenzó a trabajar con Perceval. En esos años de penuria, trabajar de aprendiz era la mejor forma de aprender un oficio y, en el taller de Perceval, calentaba la cola para el blanco, preparaba las herramientas, hacía pequeños trabajos, tanto en el taller como en las numerosas intervenciones de Perceval en las derruidas iglesias de Almería... Junto con el pintor aparecen otras caras, a quien rememora por los apodos que el propio Perceval les ponía: Emilio López Úbeda, Emilio *El Moro*, y Agustín Iniesta, *El Indiano* (Su famoso cuadro, con ese título, que se encuentra en la Biblioteca Villaespesa, es el retrato de este Indiano).

Los recuerdos del taller de Perceval se suceden sin interrupción, entremezclándose unos con otros, como las continuas reuniones, donde el arte, la historia y la arqueología eran motivo de acaloradas discusiones: Fernando Ochotorena, Arigo, Luis Úbeda Gorostizaga, Juan Cuadrado, José M^a Molina...

Impactante tuvo que ser, también, cuando vio por primera vez a Celia Viñas, al atender una llamada de la puerta y preguntar una mujer joven por Perceval; imagen que tiene grabada en su memoria.



La Emporradora. Bronce. Alhama. Almería.



Los Indalianos

Un pequeño vaivén sacó a Antonio de su letargo, aunque por poco tiempo, pues los recuerdos llamaban insistentemente a la puerta agolpándose en las estructuras neuronales. Un arlequín multicolor, salido de una de sus primeras pinturas, parecía tomar cuerpo, adquiriendo un protagonismo casi real, difuminándose los recuerdos en unas imágenes que suplantaban virtualmente el presente.

El arlequín acompañaba a Perceval, que hablaba vehementemente con un grupo de jóvenes estudiantes de la Escuela de Artes, invitándoles a que fuesen a su taller, enzarzándose en discusiones sobre estilos, la luminosidad de lo mediterráneo, la trascendencia de lo sublime frente a la materia, la forma frente al color...El arlequín, travieso, pasaba de una conversación a otra, de unos tertulianos a otros, de la casa de Perceval a las primeras tertulias del bar “Puerto Rico” y al añorado café “la Granja Balear”, todo era una maraña de imágenes donde sobresalían, como una foto fija, los estudiantes de la Escuela: Cantón Checa, Alcaraz, Capulino, Cañadas, el propio Antonio y algunos adultos, como Fernando Ochotorena, Arigo, Luis Úbeda Gorostizaga, Juan Cuadrado, José M^a Molina, Celia Viñas, Miguel Rueda, García Belver, Soriano, Barrilado, Aguado, Faura... y el sempiterno Perceval.

Un vertiginoso remolino se adueñó de las personas y, como una película, fueron sucediéndose fotogramas pasados a gran velocidad: El III Concurso Provincial de Artesanía en la Escuela de Artes (febrero del 46) y la I Exposición-Mercado de la “Vanguardia Indaliana” (marzo del 46), donde los “artistas y escritores” de Almería eran los anfitriones, la formalización de las reuniones en la Tertulia Indaliana; el Indalo (primero como falso tótem traído por unos gitanos de Totana y luego como el símbolo extraído de la Cueva de los letreros); las

correrías de Mojacar; las subidas a la Chanca para pintar casacubos de fulgurantes reverberaciones; los contactos de Perceval con las autoridades (el gobernador Urbina Carrera; el ministro Alcántara; el vicesecretario general del Movimiento, Vivar Téllez; el influyente crítico de arte Eugenio D´Ors...) para la consecución de una exposición indaliana en el Museo de Arte Moderno de Madrid; la Exposición con motivo de la inauguración de la Biblioteca Francisco Villaespesa con la presencia del consagrado Vázquez Díaz y la consiguiente selección de obras con destino a la exposición madrileña; el Primer Congreso Indaliano de Pechina; y, sobre todo, adquiriendo una categoría de éxtasis en lo onírico, los recuerdos de la exitosa presencia de los indalianos en el Museo del Arte Moderno de Madrid en 1947 (cuyo cartel mostraba a la hija de D. Juan Cuadrado de Mojaquera), incluyendo sus cuadros *Autorretrato* y *La calle de María La Sosa*; la exposición “Cuarenta metros de prensa indaliana”, que recogía todos los artículos publicados; la invitación ya en el 48 al VI Salón de los Once de la Academia Breve de Crítica de Arte de Eugenio D´Ors, donde expuso sus obras *Autorretrato*, *El Pincelista*, *Montes*, *Mi familia* y *Margarita*; y la I Exposición Bienal Hispano-Americana de Arte, celebrada en Madrid, en 1951, donde se expusieron sus obras *El Guirarrista* y *Malabarista*.

Y el arlequín, transformado en juglar, declamaba estrofas sobre la pintura indaliana, sacadas de los periódicos de la época y de análisis posteriores. De todas ellas sobresalía la dedicada a La Chanca -totem del paisaje almeriense de los indalianos- por el padre Tapia, en la primera edición de *Almería Piedra a Piedra*:

“Parece el lienzo revuelto de un pintor loco, que hubiera mezclado miles de cubos de quebradas esquinas con los colores más vivos de su imaginación. En esta sosegada anarquía tratan de ordenar valores la rambla, el espolón de la Alcazaba y el cerro de las Palomas, y de estas fuerzas en tensión de forma, color y sonido se forma la Chanca, y sobre la Chanca el sol”

O el conocido poema de Eugenio D´Ors:

“En torno a un fetiche/ Que no de una consigna/ He aquí a una mocedad/ Viene de la prehistoria/ Va a la eternidad”.

Un hombre alto, algo desgarbado y con una chaqueta oscura, observa la escena con aire distraído, enfrentado a una mesa de taberna con una botella de aguardiente y unas olivas. Sus manos en los bolsillos sirven de soporte a una guitarra apoyada de forma indolente en el suelo. Es el personaje de uno de sus cuadros más expuestos de esa época, *El Guitarrista*. Ambos contraponen sus más sinceros anhelos de aquellos años, la pintura como reflejo de una realidad, de su realidad, que muestra su gran dicotomía: el reflejo de lo presencial, de su entorno familiar, de los personajes con los que se encuentra a diario, su paisaje cotidiano manifestado con maestría figurativista, enfrentado a su universo onírico; una sinfonía de colores encerrados en ropajes policromados totalmente fuera de lo cotidiano. Representa una metáfora a su viaje iniciático desde su presente provinciano hacia su alter ego, entonces aún no manifestado y que, 50 años más tarde, tomaría forma definitiva en sus pinturas totalmente abstractas y donde explosiones de pintura componen una orquestada armonía cromática.

La duermevela quedó interrumpida por la voz monótona de la azafata, anunciando, entre otros datos, el tiempo en Sao Paulo; el aterrizaje sería en breves minutos. Fue como una premonición, el anuncio de una nueva secuencia de la película de su azarosa vida, Brasil. Lentamente se hizo consciente de su paulatino acomodo a la realidad del asiento del avión, pero su mente se resistía a abandonar el mundo de los ensueños y volvió a rebuscar la sombra del guitarrista y la chispa del arlequín. No estaban, habían vuelto al arcón del pasado, pero los párpados parecían querer retornar a la semiinconsciencia y probablemente, ayudados por la escasa voluntad propia alerta en esos momentos, se fue sumergiendo de nuevo en las brumas de la memoria.

Ahora era una desdibujada Ángeles González Almodóvar, su primera mujer, la que se asomaba, en la primavera del 49 en Rioja, durante el enlace de su boda; él tenía 21 años, ella 20. En el 51, nace el primero de sus 5 hijos, que llevaría su nombre. La pintura, a pesar del éxito del Movimiento Indaliano, no le daba para vivir. No obstante, seguía empleado con Perceval, acometiendo cada vez más responsabilidad en los trabajos de restauración, preparando la madera para dorarla con pan de oro en los retablos de iglesias y en el diseño, tallado y policromía de nuevas imágenes y tronos.



Brasil

Un traqueteo le hizo entrar bruscamente en la realidad. El ajeteo propio de entrar al aeropuerto, la recogida de maletas y el traslado hacia Uberaba, su actual residencia en Brasil, hizo que, no por reiterados, no dejase de estar atentos a los pequeños detalles del momento. Quién le iba a decir que cruzaría más de diez veces el charco hace 50 años. Aún recuerda que fue la muerte de su madre, en 1952, lo que le permite tomar una decisión largamente meditada y rumiada, su marcha a Brasil. Ella había sido siempre su último freno, el motivo por el que no atendía las llamadas de su hermana Carmen y su cuñado Manuel, ya residentes en Sao Paulo y que continuamente le decían que allí había mucho trabajo. Como muchos emigrantes, decidió trasladarse sólo, sin su mujer e hijo, y luego ya se vería. En la aventura les acompañaron otros almerienses, entre ellos su amigo Andrés (quien, más tarde, a su regreso, abriría en la Rambla Alfareros el comercio “Rio Prieto”). Primero fueron al consulado en Cádiz, luego en tren hacia Barcelona y, desde allí, embarcó en el Bretaña, tardando trece días en llegar a Brasil.

Llega a Sao Paulo y, al atravesar la ciudad, reviven viejos fantasmas. Allí se alojó al principio en la casa de su hermana, hasta que un vecino le cedió unas habitaciones. Su primer trabajo fue en una tienda de decoración, en la avenida Celso García, regida por Cayetano Riecher. Recuerda su primer encargo, la realización de dos grandesocas entrelazadas por el cuello.

Solo transcurrió un año hasta la llegada de su mujer y su hijo Antonio, su segundo hijo, Francisco, ya nació en Rio de Janeiro. De las grandesocas pasó a su primera gran escultura, en Niteroi, cuya única forma de acceso entonces era en barcazas. Luego, le

encargaron una imagen de San Juan Bautista de la Salle, a tamaño natural, con dos niños de la mano en una hornacina, todo inspirado en la escultura de la Salle del Vaticano. Estaría ubicada en la fachada del colegio que la congregación religiosa estaba construyendo en la ciudad y tendría dos metros de alto, se terminó en 1954.

Realizó también una Santa Cena policromada, de tamaño natural, para la capilla y diferentes encargos para las galerías, además de un gran óleo sobre la pared con el motivo “Dejad que los niños se acerquen a mí”. Años más tarde, -en una visita que hizo al colegio-, comprobaría con satisfacción cómo se había destacado por medio de unos letreros su autoría.

Camino de Uberaba va reconociendo las numerosas zonas y ciudades donde trabajó esos años. Al principio, en Niteroi, trabajaba en el taller habilitado en el Colegio, que también le servía para realizar los encargos que poco a poco le iban llegando. Aún recuerda el día que llegó a supervisar las obras D. Heter Cámara, arzobispo de Río, contemplando admirado su trabajo en una Purísima para una parroquia de la zona. Su familia, mientras tanto, seguía en Sao Paulo. En estos años conoció a los Martínez, unos hermanos, paisanos de Terque, que habían emigrado a Brasil. También recuerda a sus primeros amigos: Enrique, quien le sirvió de puente para los encargos que le hicieron los Capuchinos, y su hermano Carlos, decorador de origen sevillano.

Con el paso del tiempo se hizo independiente en el trabajo, recibiendo encargos, sobre todo religiosos. Generalmente le encargaban la decoración parcial o integral de una iglesia que estaba en obra: él hacía el proyecto y, desde su dirección, trabajaban albañiles, carpinteros, decoradores, restauradores, pintores, etc. Su vida en aquellos años era un continuo sobresalto, de ciudad en ciudad, viviendo en pensiones e intentando hacer algunas escapadas para ver la familia en Sao Paulo. Posteriormente se traslada con toda la familia a Rio de Janeiro, al barrio de Leblonc, y, a los dos años, vuelve a Sao Paulo, donde nacería su tercer hijo, Ángel.

Recuerda muchas de sus obras, como las realizadas en Nuestra Señora de las Gracias, en la ciudad de San Gonzalo, donde decoró el techo, todo el altar mayor y realizó dos grandes óleos de más de 4

metros sobre las Apariciones de Santa Catalina Labore, basándose en el perfil de una de las feligresas. El calor en la ciudad era asfixiante y, con frecuencia, por las ventanas abiertas entraban golondrinas que, confundidas con la profundidad de los cuadros, impactaban contra las pinturas. Otra obra que le trae especiales recuerdos es *La Oración en el Huerto*, talla en madera de cedro dorada y policromada para la Iglesia de Monte Virgen, en la Peña de Francia (barriada de Sao Paulo), porque usó sus propias manos como modelo para las de Jesús y donde las alas del ángel fueron al final eliminadas. También, la decoración de una Iglesia en Pouso Fundo, al sur de minas Gerais, donde realizó una pintura -de más de 20 metros- en la bóveda del crucero de la iglesia, con la vid como motivo. Especialmente emotivo fue su trabajo en el tímpano enmarcado en la decoración de la Iglesia de Santa Terezinha, en Patos de Minas, la misma ciudad donde el propio alcalde le encargó un monumento homenaje al “Hombre del Campo”, en medio de una gran plaza. Cuarenta años más tarde esta escultura fue restaurada por él mismo (entre otros daños tenía 14 impactos de bala y el brazo y pierna rotos); la reinauguración fue todo un acontecimiento para la ciudad. Otra gran obra fue la decoración de todo el techo de una iglesia en Andradina, en el estado de Sao Paulo, en 1963, coincidiendo con el asesinato de Kennedy, algo que conmocionó a la ciudad.

Su llegada a Uberaba le trae sus últimos recuerdos en Brasil, cuando, en 1962, poco antes de su regreso a Almería, llegó a participar en Sao Paulo, en la parroquia Monte Virgen, en dos exposiciones sobre esculturas religiosas, con una *Oración en el huerto*, y participa en la I Exposición Bienal Hispanoamericana de Sao Paulo y en la II Exposición homenaje a Cândido Portinari, en Bello Horizonte.

Como epílogo de estos nostálgicos fotogramas, visualiza fugazmente la repentina enfermedad de su hijo Francisco y el consejo del médico de que lo traslade rápidamente a España, donde su curación era más probable que en Sao Paulo. Se organiza precipitadamente el traslado de Ángeles y los tres niños, permaneciendo Antonio en Sao Paulo el tiempo mínimo necesario para solventar algunos de los encargos que estaba terminando, como la iglesia de Santa



Terezinha de los Capuchinos, en Uberaba. Pasado algo más de un año, todos los flecos de sus contratos estaban cerrados y podía volver a su tierra natal, dejando atrás decenas de imágenes, monumentos, decoraciones, artesanados...

Curiosamente, en todos esos años, sólo realizó cuatro pinturas, La Vid, el mural “Dejad que los niños se acerquen a mí”, *Paisajes de Brasil en Pouso Fundo* y un cuadro alegórico a la ciudad en Patos de Minas. Con pesar, diría adiós al país que, durante más de una década, le hizo valerse de su maestría y su arte para hacerse un importante hueco en el panorama de la iconografía religiosa brasileña.



Almería

El reencuentro con Julia, su segunda esposa, interrumpe toda la visión en sepia del pasado, trayéndole a su presente, donde con más de 80 años disfruta de una segunda juventud. Julia Sosa de Borges es abogada y profesora brasileña, con quien se casó en el 2001, tras 8 años de viudedad, pero esa es otra historia.

En Almería, tiene su primer domicilio en la calle Azorín y, más tarde, compra su actual vivienda, en la calle Cámaras, a los paisanos Martínez que conoció en Brasil. Al mismo edificio se fueron a vivir sus hermanas Antonia y María y, en la entrada al bloque, diseñó un alto relieve en piedra y cemento de grandes dimensiones con el paisaje de Río como motivo. Una muestra del trabajo que realizaría en la empresa que montó en la zona de Torrecárdenas, frente al Cementerio de San José, y que durante años le dio un prestigio en la decoración de fachadas, comercios y viviendas. En aquellos años tuvo dos hijos, M^a Ángeles, en 1966 y David, en 1971.

Pero, sin duda, su gran catarsis fue el reencuentro con Perceval y los Indalianos. Junto con el resto de los ya no tan jóvenes pintores -que a su ritmo fueron volviendo de su particular diáspora- volvió a integrarse en el Movimiento Indaliano y retomó la pintura como forma de expresar su arte. Casi cada año participa tanto en exposiciones colectivas indalianas, como en exposiciones personales, pintando centenares de obras, de las cuales algunas han quedado en la memoria colectiva del arte almeriense, como su óleo *Niña tendiendo*, de 1974. Éste óleo representa, con una estética muy indaliana, una niña de espaldas tendiendo una amplia sábana blanca en un *terrao* de La Chanca, teniendo como fondo el mar y la Alcazaba. Formas suaves, original encuadre y perspectiva, alternando los primeros planos

de los sinuosos *terraos* encalados con el fondo idealizado de una empuqueñecida Alcazaba ocre y, en medio, como coprotagonistas, la niña de pelo castaño y la gran sábana que oculta medio lienzo y, por tanto, amplifica el otro medio. El azul del vestido contrasta con la blancura de la sábana, aunque la conjunción de los pliegues de ambos armoniza la composición, unificando la sinuosidad de los volúmenes, que continúan su extensión por el cuadro mediante las esquinas curvadas de las casas, tapias y baluartes de la fortaleza.

De sus recuerdos rescata las actividades celebradas en 1995, con motivo del 50 aniversario de la creación del Grupo Indaliano, realizando, para la ocasión, los bustos en escayola de los diferentes componentes, además de participar en una Antológica celebrada en la Galería Argar con tres cuadros: *Arlequín* (1951), *Barcos* (1979) y *Niños durmiendo* (1980). Ese mismo año es premiado por la Casa de Almería en Barcelona con el IX Premio de Artes Plásticas y Arquitectura “Jesús de Perceval” por el conjunto de su obra artística. Y no deja la ocasión para hacer un hueco en su memoria a sus esculturas, como el monumento al doctor Félix Rodríguez de la Fuente, que el Ayuntamiento le encargó para un jardín en una placita del mismo nombre, *La emporronadora en Alhama* y *El naranjero en Gádor*.

No obstante, sus preferidas son las pequeñas esculturas, verdaderas obras de arte de pequeño formato, en bronce o piedra artificial, de unos 30 centímetros de alto generalmente, representando mujeres con oficios ya olvidados, como relieves petrificados en el tiempo de mujeres haciendo su vida cotidiana, su quehacer diario. Esa es realmente la intención del artista en esos años: pintar lo que ve o lo que quiere ver, sin artificios, de forma natural, pintura sencilla sobre gente humilde, y es precisamente esa evidencia lo que le engrandece.

La década de los 90 le supone a Antonio grandes cambios: primero, la muerte de su mujer, en 1993, que trastoca su vida, y, luego, su anticipada jubilación como empresario, al tener problemas en su brazo izquierdo. Del taller se sigue encargando su hijo Ángel, quien lo traslada a Huércal.

Al quedar viudo viaja de nuevo a Brasil para visitar a su familia, quedándose en Sao Paulo con sus sobrinos varios meses. En esa estancia fue cuando recibió la invitación para restaurar el monumento al Hombre del Campo en Patos de Minas, con el consiguiente homenaje. En esos meses volvió a conectar con sus amigos de hace 40 años, entre ellos Carlos, que residía en Uberaba, donde coincidió con Julia, una antigua conocida de la época en la que trabajaba en la Iglesia de Santa Terezinha; un reencuentro que acabó en boda.

Julia recuerda el empeño de Antonio de casarse en Almería, con el sacerdote y baluarte indaliano Bartolomé Marín y en el pueblo de Senés, donde había realizado una pintura en el ábside de más de 40 metros, la más grande que ha pintado nunca. Permanecieron siete años en Almería, después regresaron a Uberaba y, al final, optaron por una solución salomónica: ella viviría en Brasil y él en Almería. Se verían siempre que pudieran, una docena de viajes lo atestigua.

A Antonio no le gusta recordar temas familiares, aún está reciente el fallecimiento de su hijo Antonio en su anterior estancia en Brasil, en febrero de este 2013. Su angustia sólo se disipa por el recuerdo de sus nietos y de sus otros hijos, sus pinturas. Sus últimas obras son una serie de manchas de colores que parecen surgir al mover rítmicamente una espátula cargada de pintura. La composición visual final sigue unas pautas, unas cadencias, como hilos musicales que al entremezclarse, conforman una sinfonía, un cuadro que al igual que una orquesta armoniza diferentes movimientos de la paleta, estructurando formas y colores en perfecta conjunción. Tiene numerosos cuadros con la misma técnica, que él también ha uniformado su denominación: “Sugerencias“, dejando al espectador una libertad total para su interpretación.

Los Indalianos



En el taller de Perceval. López Díaz a la izquierda.



Primer símbolo del Indalo. A la izquierda, de pie, Cañadas y en el centro Perceval.



De izqda. a drcha. Miguel Martínez, Paquita Soriano, Cañadas y López Díaz en la Chanca.



En el cortijo de Perceval tras el congreso Indaliano en Pechina. López Díaz a la derecha.



Los Indalianos en Madrid. Exposición en el Museo de Arte Moderno. 1947.

Escultura



La oración en el Huerto. 1956. Iglesia de Monte Virgen. Sao Paulo. Brasil

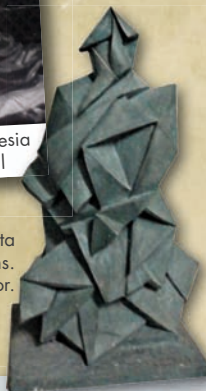


El Hombre del campo. 1956. Patos de Minas. Brasil



San Juan Bautista de la Salle. 1953 Niteroy. Brasil

Mujer. 2005. Terracota
45 X 27cms. base 20 X 25cms.
Colección autor.



Tímpano Iglesia Santa Terezinha. 1957
Patos de Minas. Brasil



La Santa Cena. 1955
Colegio La Salle.
Niteroi. Brasil.



Inauguración Monumento a Félix Rodríguez de la Fuente. 1998. Bronce. Almería.



El Naranjero. 2004. Bronce.
Gádor. Almería.

Familia



Antonio López Díaz y su esposa Ángeles



Antonio López Díaz y su hijo mayor Antonio



Familia del pintor



Antonio López Díaz y su segunda esposa Julia



El artista, en su taller, con sus esculturas de los Indalianos. 1995. Almería.

